

CLARIN, Domingo 08 de Febrero de 2004.

ENTREVISTA: **ARIEL DORFMAN**, ESCRITOR.

“Con el tiempo descubrí que las historias personales sí importan”

Ante la fiebre consumista que es marca de época, hay que defender cosas esenciales como recuperar la pequeña historia de personas y lugares. Es una forma de luchar contra el dolor que dejan los exilios y las migraciones.

Por Mabel Thwaites Rey

Su último libro, “Memorias del desierto”, puede leerse como una vuelta a los orígenes: de la familia, del amigo desaparecido, de la historia de Chile, del universo mismo. ¿Qué sentido tuvo para usted ese viaje?

—Hay dos ejes en el libro. El primero es bastante personal. Hace un tiempo me encuentro con un viejo amigo, que es un gran antropólogo chileno, y me doy cuenta de que cuando nos conocimos, hace cuarenta años, yo no sabía nada de él, sólo que teníamos un proyecto social y político común. Tampoco de mi amigo Freddy Taberna, que luego desapareció.

Entonces no teníamos interés en averiguar de dónde veníamos, quienes éramos. Con el tiempo descubrí que las historias personales sí importan y me interesó rastrearlas.

¿Y el otro eje?

—Junto con ese interés personal hay una especie de angustia por vivir en un tiempo, el de la modernidad y también el de la supuesta posmodernidad, de una constante destrucción de la historia, incluso la más reciente. Tal como uno va y ve que la casa de su infancia ya no está y hay un rascacielos, la modernidad es eso, la destrucción del pasado.

Sería una suerte de amnesia colectiva...

—Yo lo entiendo como una amnesia que tiene que ver con la sociedad de consumo. El desenfreno del neoliberalismo es convertirnos en personas que consumen día a día para olvidar aquello que teníamos el día anterior. De alguna manera te vuelves como un amnésico del consumo. Es decir, siempre hay algo nuevo que quieres adquirir.

Como si el olvido fuera una forma de recuperar un deseo siempre en tiempo presente.

—Yo diría más bien que el olvido es parte necesaria de una sociedad que está siempre adscripta a lo novedoso y a lo juvenil. Una especie de intento por encontrar lo inmortal, que es vano e ilusorio.

Estamos en un momento, el de la globalización, en que parece que todo se iguala y resulta idéntico.

Pero no es cierto.

¿Es de ahí de donde nace la necesidad de buscar el origen?

—Exacto. Recorrer el desierto chileno, donde la explotación del salitre sirvió para fertilizar los campos europeos, es remontarse al lugar donde nació la modernidad de Chile y también de Europa y Estados Unidos. Pero lo más impactante es ver cómo ese

salitre, esa riqueza arrancada de un lugar inhóspito, en vez de quedar entre la gente que la produjo, se va. Se crearon pueblos enteros, actividad comercial y cultural intensa que, cuando la explotación acabó, en los 20, se extinguieron. Lo que no es raro, porque eso siempre se da en la historia.

¿Y qué pasa con la gente que gestó esas riquezas?

–Bueno, cuando se crea el salitre sintético, en la Primera Guerra Mundial, los capitales se van, pero la gente queda. Entonces, a mí me interesó ver esos pueblos fantasma del norte de Chile, porque la gente que quedó no es fantasma, es de carne y hueso, sufrió, vivió y está recordando.

¿Qué sentido político, humano, personal, cree que tiene mirar cómo comenzó la historia?

–Creo que si uno no sabe aquello que ocurrió en el pasado, no sólo está condenado a repetirlo, sino a sufrirlo bajo una máscara diferente, la próxima vez. Es decir, yo tenía la sensación de que explorando esos pueblos fantasma, de alguna manera estaba buscando una metáfora, una imagen que sirviera como un prisma para mirar la realidad actual de América latina. Porque lo que había ocurrido es que los pueblos no controlaron esa riqueza y se la llevaron otras manos. La cuestión es cómo evitar que el fenómeno se repita, como ocurre con la deuda argentina: los que la contrajeron no son los mismos que la pagan.

¿Se puede conjurar ese pasado, para no repetir la historia de pueblos fantasmas o de sociedades saqueadas?

–No soy profeta ni tengo la solución. Pero se comienza por aprender del pasado. Por eso el título de una conferencia que di en el Instituto Argentino de Desarrollo Económico fue “Por qué los economistas tienen que escuchar a los muertos”. Hay que rescatar la dignidad propia. En el momento en el cual te quitan esa dignidad, tú no tienes ninguna posibilidad de volver a tomar control de tu propia riqueza, de tu propia historia. En el instante en que te sometes a la mirada ajena, pasas a ser una especie de reflejo, un fantasma. Eso no significa que yo, que vivo entre dos países (Chile y EE.UU.), esté en contra de lo extranjero. Al contrario, creo que lo que hace falta es un diálogo permanente.

¿Es posible el diálogo entre disparidades tan notorias?

–Todos estamos influidos constantemente por un diálogo entre lo que viene de afuera y lo de adentro. Es un ida y vuelta incesante. En el caso nuestro, necesitamos crear medios para fortalecernos. La integración latinoamericana es muy importante. Ya no hay soluciones país por país.

En su recordado libro “Para leer al Pato Donald” usted planteaba una fuerte crítica a la dominación cultural norteamericana.

¿Cómo lo ve ahora?

–Con Armand Mattelart no pusimos suficiente énfasis en la idea de que la cultura propia es una constante apropiación de aquello dominante. Es decir, lo dominante no es algo que te llega, te lo ponen en un vaso vacío y tú te lo tragas entero. No es así, sino que tú lo tragas, lo mascas, lo escupes, lo regurgitas. Es decir, utilizas todo eso y sale un producto diferente del que te han metido. Los pueblos tienen esa capacidad y lo están haciendo todo el tiempo.

Y además, los dominantes también están constantemente devorándose lo nuestro. No es una calle de un único sentido.

Otro eje recurrente de su obra, y de su vida misma, es el exilio, que podría leerse, también, como metáfora de la modernidad.

–Hay dos mitos centrales de los seres humanos. Uno es el del paraíso, en el cual tú quieres quedarte. Es el mito del hogar, el vientre, el reposo, el refugio, la tumba. Son los lugares de protección. Y luego está el movimiento hacia afuera, la propulsión, yo diría redentora, de irnos, de ser exploradores. Pero también se huye del dolor. La globalización crea millones de refugiados económicos, que sufren mucho.

Sin embargo, la gente emigra.

–Porque el bichito de moverse es tan fuerte como el bichito de quedarse. Y yo diría que eso es crucial y paradigmático de lo humano.

El asunto es encontrar en la vida, como en la historia, el equilibrio perfecto entre la persona, el yo inviolable, y el afuera. A la vez, reconozco que si uno, y como cultura también, no acepta lo de afuera y no crece con lo de afuera, está condenado a morir.

Pero de emigrar como metáfora de cambio a la emigración como exclusión, como exilio político o económico, hay un trecho.

–Hay muchas razones por las cuales la gente se va. Uno quisiera un mundo donde el irse sea por el deseo de explorar lo nuevo, y no por la necesidad de huir de lo viejo. No es imposible eso. Es posible terminar con las sociedades donde la gente huye porque tiene hambre, o porque no quiere que la torturen. Tenemos todos los medios para hacerlo.

Copyright Clarín, 2004.

Uno ve que la casa de su infancia ya no está.

La modernidad es eso:
destrucción del pasado

Esos pueblos fantasma del norte
de Chile son un prisma
para mirar hoy América latina

Tiene 61 años. Nació en la Argentina y es ciudadano chileno.

Novelista, poeta, ensayista y dramaturgo, es profesor en la Universidad de Duke (EE.UU.).

Su “Para leer al Pato Donald” es un clásico del ensayo cultural.

Sus novelas se editan en varios idiomas y sus obras de teatro se estrenan en Broadway.

Dio en Buenos Aires una conferencia por los años del IADE, del que su padre, el economista Adolfo Dorfman, fue presidente hasta su muerte.